

FUIMOS AL TEATRO

Por
A. R.



FONDO MUSICAL COLORIDO
Lo prestó esta orquestita de la época

Alegre arqueología:

1900... Y PICO

Es lo que un crítico de la época llamaría "un espectáculo sui generis", en el que abunda de todo, bueno y malo, alegre y triste, moderno y antiguo. Y es, en primer término, un esfuerzo considerable de Teatro Circular en esta nueva etapa que ha iniciado, con un despliegue de invención general que revela la presencia constante de un director sagaz: Hugo Mazza. Es a él a quien revierte el mérito de la organización del espectáculo, de sus ingeniosas soluciones escénicas, y aun cuando se equivoca —la impostación melodramática del acto de Sánchez— es visible un criterio unitario en la concepción de la puesta en escena.

Reconstruyendo sutilmente una función del circo de Scotti y los hermanos Podestá —¿por qué no los hermanos Mazza?— se evocan algunos de sus aspectos, como la orquestita que la ameniza, las pruebas gimnásticas, el oso que saluda, los payasos (demostrando la poquísima gracia de los textos usados por Pepino y que sólo podía reemplazar la gesticulación humorística de Podestá que no tuvo en Malet el intérprete ajustado), insertando luego dos sainetes: uno típico, reidero, de grueso trazo efectista y de evocación de costumbres, de Carlos M. Pacheco; otro que es la pequeña joya intensa y veraz de Florencio Sánchez.

La compaginación del espectáculo y la invención de sus diversos números es ingeniosa, intensamente colorista, resuelta con agilidad, sentido rítmico y abundancia de elementos evocadores; pero la realización detallada no contó con elementos suficientemente capacitados, abundó en reiteraciones, careció de enriquecimiento y muchas veces recurrió a la repetida "macchietta". Fué excelente la resolución escenográfica con sus cambios a la vista y la iluminación de fiesta popular que firmó Hugo Mazza, y muy solvente el vestuario de Sabat así como el acompañamiento musical que seleccionó o compuso Caracé Perera del Pino.

En la parte exclusivamente teatral es donde son más visibles las debilidades del espectáculo. El sainete de Pacheco fué montado por Mazza con una preocupación casi arqueológica de revivir no sólo la época en que fué escrito sino también una puesta en escena original. Se subrayó la tipificación de los personajes, se marcó a fondo el ritmo contrastado en que ellos aparecen, y la organización de la pieza sobre una sucesión de "sketchs" desligados. La pieza de Pacheco tolera este montaje en lo que tiene que ver con la ambientación folklórica que es siempre deliciosa, más aún para nosotros que la dotamos de un nuevo encanto, el de la evocación nostálgica; pero es también rematadamente cursi en la zona sentimental y tiene un final brusco de circunstancia, casi sin preparación ni texto, que Mazza no pudo salvar. La Cantina de Tofín fué un ágil cuadrillo de costumbres con buenas y exageradas caracterizaciones, y también lo fué el interludio de la calle donde se ubica la escena mejor jugada, la del Capitán (Enrique Martínez Pazos) y la salvacionista del acordeón (Ma. Teresa Villanueva), donde sin necesidad de arqueología ni de maquillaje, los actores dieron la justa medida de la comicidad. Es esto lo que hubiera necesitado el resto de la pieza para que se lograra cabalmente un espectáculo "redondo". El tercer cuadro tuvo una ingeniosísima resolución con sus pequeñas barcas y los farolitos de papel, y la peor actuación, pareciendo que incluso el director había abandonado a sus intérpretes.

Con "Canillita" estamos en otro mundo y hay un texto de calidad que defender. El sistema de "macchietas" que funcionaba bien en Pacheco y que era una forma de disimular la escasa capacitación histriónica de los actores, no rinde los mismos dividendos cuando se trata de un drama. Mazza apeló a la desnudez de la escena, a una pobreza irredimible, olvidando que el intermedio de calle tiene una llamativa intensidad y que es además un interludio musical, y jocoso en parte, como cualquier otro sainete, cosa que fué amputada. Por último el tercer cuadro, en el conventillo, tiene un trazado colorista, vivaz y despreocupado, donde debe injertarse la tragedia como contraste; la invención que Mazza desplegó para ambientar el sainete de Pacheco aquí faltó, desfigurándose la pieza. Pero la mayor falla fué hacer descansar la obra sobre un melodramatismo superficial que tornó totalmente inconvincente el drama propio: las tiradas arrebatadas de doña Claudia (Maruja Álvarez, avejentada más de lo necesario), y la exageradísima gesticulación nerviosa de Canillita (Mario Morgan, que físicamente compone un personaje interesante), diluyeron la autenticidad de la pieza de Sánchez, ese sabor de humanidad y esa calidad de habla muy cercana a nosotros que la distingue. Agréguese que nunca Sánchez hubiera pensado en un teatro circular para su obra, de modo que, metida en un picadero, constantemente falta texto para rellenar situaciones (el monólogo de la madre con el hijo enfermo), o se hace durísimo el sistema de los apartes.

Una mención especial merece siempre Teatro Circular por la presentación de sus espectáculos, a partir del vestíbulo del teatro, y en esta ocasión más que en otras: la decoración del teatro, la utilización previa de los músicos, los divertidos programas de época, muestran una dedicación por crear un ambiente unitario que merece decidido elogio.